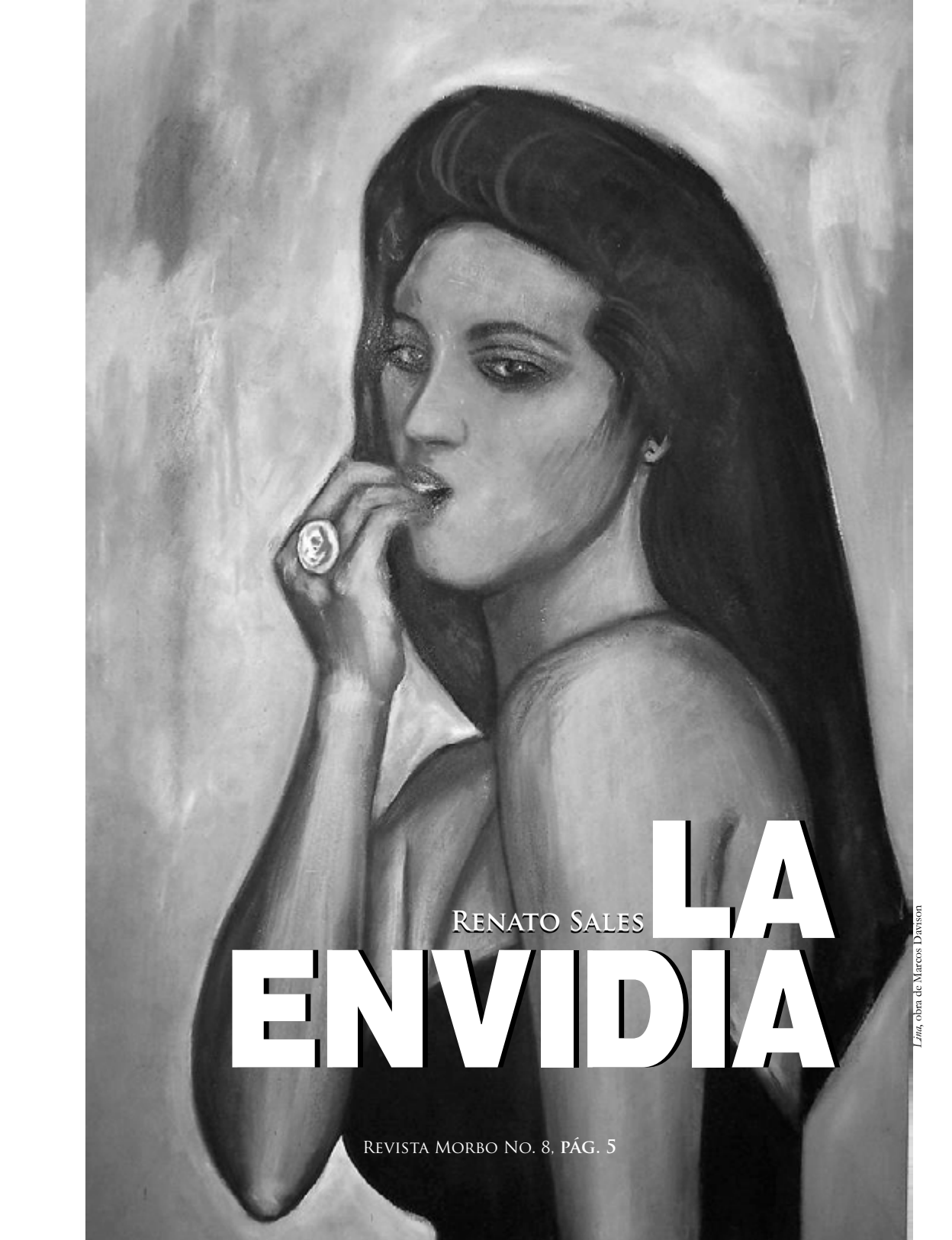




RENATO SALES

LA ENVIDIA

REVISTA MORBO NO. 8, PÁG. 5

1.- El espejo cóncavo.

En este recinto se castiga la culpa de la envidia, pero son movidas por el amor las cuerdas del látigo. En esta frase, de muchas formas enigmática, Dante revela una de las características más peculiares de la emoción que conocemos como envidia: su extraño parentesco con el amor, la emoción más extraña, quizás la más compleja.

Y es que el amor implica, por cierto, reconocimiento del otro. La envidia parte también de esa situación especular. Es un reconocer envenenado. Percibir en otro lo que no tenemos, percatarse de que otra persona tiene algo que íntimamente deseamos y de lo que carecemos, algo que nos mengua y que nos hace desear que quien lo tiene lo pierda, así “eso” se pierda para siempre, pues es el confrontarnos, el mirarnos en ese espejo cóncavo del envidiado, el reconocernos caricaturizados, minimizados en el otro, lo que nos hiere profundamente. Esa herida nos hace odiar, escupir en el espejo.

Pero ¿por qué envidiamos? ¿Qué emoción es ésta que lejos de impulsarnos a actuar nos ensimisma? ¿A quién envidiamos?

Antes de intentar responder a estas cuestiones, trataré de establecer una distinción que se impone prudente: suele hablarse de dos envidias. No falta quien afirma convencido: “Me das envidia de la buena”. Dudo que alguien reconozca en el mismo tono a “la envidia de la mala”. El lenguaje coloquial ha creado parentela

entre lo que llamamos emulación, competencia, resentimiento y, la prima verde: “la mala”.

Efectivamente, quien compite, quien emula y quien resiente, reconoce en el otro no la caricatura de sí, sino una meta.

Dice Alberoni: “Algunos distinguen una envidia buena de una envidia mala. La envidia buena sería el deseo doloroso, lacerante, que experimentamos cuando vemos que alguien tiene éxito en lo que nosotros quisieramos tenerlo, pero sin sentir odio, por él, sin querer quitarle lo que tiene. El otro en sustancia, evoca nuestra necesidad, pero luego desaparece del campo psíquico y no nos molesta más.”¹

¿Qué es la envidia, entonces?

Para Aristóteles “es un dolor causado por la buena suerte de alguien que se nos asemeja”. Para Spinoza “es el odio en cuanto afecta al hombre de tal manera que se entristece con la felicidad de otro y, por el contrario, se goza en el mal de otro”. Para Kant “es la tendencia a ver con dolor el bien de los demás aún cuando este no acarree ningún daño para nuestro bien”.

“

*Envidiamos al vecino,
al colega, al compañero
que sin ningún mérito
en especial nos
sobrepasa. Nace pues
la envidia de una
constatación,
del reconocimiento
de una igualdad
irrescatable: “El otro
era igual que yo,
ahora él tiene y yo no
y eso no lo tolero,
me hace menos”.*

”



Las gangsters, obra de Marcos Davison

Juan ama profundamente la música, desde pequeño ha estudiado piano horas y horas, le ha dedicado su vida al instrumento. Tiene cerca de treinta años. No es un mal pianista pero ya intuye que nunca será un Rubenstein. De pronto, Pedro, amigo de la infancia, compañero de estudios en

el conservatorio, par de Juan, es invitado a dar conciertos en Europa. Triunfa, es reconocido por una forma de interpretar que no se encuentra al alcance de Juan. Juan, de pronto, envidia, desea que Pedro se quede manco, ve sus manos en aceite. Empieza a odiar. Son Salieri y Mozart.

Identificación e indicación son para Alberoni fundamentales en este reconocer. Identificarse es ponerse en los zapatos del otro, aprender a mirar en el espejo. Indicación es evaluar, juzgar que algo vale. Quien envidia se compara, se reconoce menos ante otro, evalúa sus posibilidades y se descubre impotente.

2.- El otro.

Only princess and starlets envy kings and movie stars
Jon Elster

Es el reconocimiento de otro el que motiva la envidia, pero ese otro no puede ser cualquiera. Para envidiar tengo que reconocerme en el espejo, a pesar de su concavidad. Aristóteles dijo bien, ese otro tiene que ser alguien que se nos asemeje, alguien cercano en tiempo, en lugar y en reputación. Envidiamos al vecino, al colega, al compañero que sin ningún mérito en especial nos sobrepasa. Nace pues la envidia de una constatación, del reconocimiento de una igualdad irrescatable: “El otro era igual que yo, ahora él tiene y yo no y eso no lo tolero, me hace menos?”. Alguien con quien podemos identificarnos, pero que ha tenido éxito en lo que nosotros hemos fracasado, o en aquello a lo que habíamos renunciado. Alguien que, siendo al principio como nosotros, se transformó en lo que nosotros hubiéramos querido ser, pudo obtener lo que nosotros hubiéramos querido tener”.²

Identificación e indicación son para Alberoni fundamentales en este reconocer. Identificarse

es ponerse en los zapatos del otro, aprender a mirar en el espejo. Indicación es evaluar, juzgar que algo vale.

Quien envidia se compara, se reconoce menos ante otro, evalúa sus posibilidades y se descubre impotente. En el ejemplo que mencionamos Juan advierte que a su edad ya no podrá, jamás, ejecutar como Pedro y es esa apreciación la que más hiere, el reconocimiento de un valor que se aleja merced a una injusticia esencial, merced a lo que los griegos llamaban *Moirai*, ese destino que pesa ineluctable y que nada permite salvo sobrellevarlo con dignidad. Clave de la tragedia griega es, por ello, el enfrentamiento entre libertad y destino.

El otro era igual que yo y sin embargo el otro tiene y yo no. ¿por qué? Es una injusticia esencial pero es una injusticia que no impulsa a actuar porque no versa sobre lo posible, no es la ira legítima de quien se sabe desposeído por las fuerzas del mercado o el coraje de los celos que impulsa a golpear o a matar. No, la envidia ensimisma porque es el reconocer de la impotencia. “Porque la envidia es pasión del otro, pasión de la identidad de otro,

“

*La envidia
es un sistema
de juicios que
se enlazan
sobre lo que
queremos ser.*

”



Traje a rayas, obra de Marcos Davison

pasión de la libertad de otro, en la vacilante unidad y libertad de uno mismo”.

“La envidia, la más ensimismada de las pasiones, que transcurre por debajo del pesar y las pasiones y toma en ellas su pretexto... que nace en el anhelo de ser individuo, de ser único, ante la distinción suprema de ser realmente individuo. El semejante es entonces el otro, y su semejanza se convierte en el desmentido máximo de su pretensión”.³

De ahí que la envidia sólo pueda acon-

tecer en el reino de lo profano, donde el yo determina. En la fiesta, en el ritual, no puede haber envidia. En la fiesta el yo se pierde, se confunde.

El otro es el rival; o lo absoluto otro: Dios.

3.- Envidiar es juzgar

Entonces, envidiar es juzgar, evaluar, realizar un súbito balance de lo que el otro tiene junto a nuestras carencias. La envidia es así un sistema de juicios que se enlazan sobre lo que queremos ser, sobre lo que



“

Una emoción, señala Solomon, es un sistema de juicios: “Amor no es sólo la admiración por las virtudes de otros sino un sistema de juicios sobre identidades e intereses en común, apariencia personal, encanto, estatus, preocupaciones compartidas así como una infinidad de mitos y metáforas absurdos...”

”

Envidiar es juzgar que somos menos, cuando caemos en la cuenta de un otro que tiene algo de lo que carecemos. Esa es la punzada de envidia. Pongamos por caso el ejemplo precitado: Juan analiza con mesura que Pedro es un gran pianista. Se explica las razones por las cuales es mejor que él. Se duele quizás, se autocompadece y toma la difícil y noble decisión de dedicarse a la venta de partituras. No hay envidia, hay, en último caso, lástima de sí.

creemos que somos, sobre lo que sabemos que no vamos a ser. Envidiar es poner en juego creencias, deseos, razones. Envidiar es enjuiciar en el sentido en el que habla Robert C. Solomon: “Nuestras emociones cambian con nuestras opiniones, y argumentamos que éste no era un asunto casual y no era una coincidencia sino una consecuencia de la tesis de que las emociones son juicios ellas mismas”.⁴

Una emoción, señala Solomon, es un sistema de juicios: “Amor no es sólo la admiración por las virtudes de otros sino un sistema de juicios sobre identidades e intereses en común, apariencia personal, encanto, estatus, preocupaciones compartidas así como una infinidad de mitos y metáforas absurdos que se han infiltrado en ese sistema de juicios que llamamos amor. Y la diferencia entre la envidia y los celos no es sólo un par de juicios, es también una diferencia sistemática sobre las formas de ver el mundo que puede ser iluminada sin que esta iluminación signifique una descripción ortodoxa de dos juicios”.⁵

Decir que la envidia es un sistema de juicios implica entre otras cosas el afirmar que somos libres para envidiar o no.

El problema sobre la emoción y particularmente sobre la envidia radica justamente en este aserto. El problema de la emoción es el problema de la libertad. Decir que las emociones son juicios que descansan en deseos, en creencias y que se vinculan con la acción es ir contra el sentido común que afirma que la emoción se opone a la razón. Revisitando a Pascal, habría que decir que “el corazón tiene razones (algunas) que la razón sí conoce”. Radica la cuestión en que la emoción es un juicio ciego, es un juicio de premura sobre una situación que surge en forma espontánea y abrupta. Envidiar es juzgar que somos menos, cuando caemos en la cuenta de un otro que tiene algo de lo que carecemos. Esa es la punzada de envidia. Pongamos por caso el ejemplo precitado: Juan analiza con mesura que Pedro es un gran pianista. Se explica las razones por las cuales es



Obra de Marcos Davison.

“

*Vi con mis propios
ojos y conocí bien
a un pequeñuelo
presa de los celos.
No hablaba todavía
y ya contemplaba,
todo pálido y con
una mirada
envenenada a su
hermano de leche.*
MELANIE KLEIN

”

mejor que él. Se duele quizás, se autocompadece y toma la difícil y noble decisión de dedicarse a la venta de partituras. No hay envidia, hay, en último caso, lástima de sí.

Para Solomon, las emociones se distinguen de otros juicios en el hecho de que, cuando acontecen, no pueden analizarse con deliberación y cuidado. En este sentido las emociones son realmente “ciegas”.

Empero, si las emociones son juicios o acciones, podemos asumir responsabilidad sobre de ellas. No podemos tener o dejar de tener una emoción, pero podemos abrírnos al argumento, la persuasión y las pruebas. En la óptica de Solomon podemos debilitarlas desde el momento en que somos capaces de obligarnos a la autoreflexión, de juzgar sus causas y propósitos

“Envidiar es juzgar, sí, pero es el amor, al cabo, el que mueve las cuerdas del látigo.”

y también de hacer el juicio de que no somos súbitamente asaltados por ellas; que las elegimos en todo momento.

Surge un problema: si estamos de acuerdo en que la emoción es un juicio ciego, juicio que no podemos dejar de tener o no tener, resulta difícil afirmar que podemos hacernos totalmente responsables de ellas. No tanto porque no podamos ver o no ver que sucede con nosotros sino porque “no podemos dejar de tener o no tener”. En la óptica de Solomon no hay control de las emociones sino reflexiones sobre sus causas. Reflexionar sobre la causa y objeto de la emoción es, ciertamente, diverso boleto que controlarla. No está de más decir, sin embargo, que muchas veces causa y objeto se identifican. En la envidia existen pocos problemas en ese sentido. Afirmar que causa y objeto de la emoción son siempre identificables sería tanto como decir que el inconsciente es inexistente. Así, reflexionar sobre la causa de la emoción no deviene en control de la misma. Lo ha visto Cheshire Calhoun al criticar las posturas cognoscitivistas. Lo ejemplifica con la mujer que sigue temiendo a las arañas, no obstante saber todo sobre ellas y, antídoto en la mano, cuan inofensivas son.

No puede decirse “envidio” y ya. El contenido proposicional que requiere la emoción es claro en la envidia. La referencia al otro debe ser a “ese otro”, particular e intransferible, en los términos particulares del emisor de los juicios.

Envidiar constituye, en otra perspectiva, uno de los juicios de origen del ser humano. Así lo plantea Melanie Klein al señalar que el primer objeto envidiado es el pecho nutricional, pero ¿qué clase de creencias y deseos se darían en un niño de pecho?

Es probable que Klein haya leído a San Agustín cuando afirma: “Vi con mis propios ojos y conocí bien a un pequeñuelo presa de los celos. No hablaba todavía y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada a su hermano de leche.”

Envidiar es juzgar, sí, pero es el amor, al cabo, el que mueve las cuerdas del látigo.

REFERENCIAS

- (1) Francesco Alberoni, *Los envidiosos*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1991, pág. 39.
- (2) Francesco Alberoni, op. cit. p.78.
- (3) María Zambrano, “La envidia”, *Revista Informe Bibliográfico*, nov.-dic. 1987, pág. 56.
- (4) Cheshire Calhoun y Robert C. Solomon, *¿Qué es una emoción?*, F.C.E., México, 1992, pág. 331.
- (5) Robert C. Solomon, “On emotions as judgments”, *American Philosophical Quarterly*, volumen 25, número 2, abril de 1988.

Renato Sales (Campeche, 1963) es autor de *Ejecutorias* (Ayuntamiento de Campeche, 1992) y *Para que partan los pájaros*, edición bilingüe español-portugués (Mantis Editores/Selo Sebastião Grifo, Guadalajara/Sao Paulo). Participa en los libros colectivos: *La mirada del centauro* (Verdehalago / Conaculta, México, 2001) y en *¿Qué hacer con las drogas?* (Fontamara-ITAM, México, 2010). Obtuvo accésit del *Premio de Poesía Fundación del Rey* (España, 1990) y como procurador de Justicia, el *Reconocimiento Hermanas Mirabal* (CDH-DF, 2012) por su labor judicial a favor de las mujeres.